

La nota sobre la pila de libros

El papel seguía allí, su mano inútil se reía de la birome quieta. Miró la taza de café, quiso tomar un poco pero estaba frío. La ventana abierta le entibiaba la espalda. Definitivamente ventana era una buena palabra. Sí, pensando en un sustantivo llegaría a los personajes.

La ventana estaba abierta.

Escuchó un grito y se asomó al balcón pero desde allí no veía nada. Se sintió ridículo una vez más porque era el único escritor con un departamento a la calle cuya ventana estaba tapada por un árbol que le impedía toda observación. Volvió al escritorio.

Se escuchó un grito.

Ya tenía un personaje para darle forma. Casi lo tocaba. Empezó a jugar con la birome mientras pensaba, la birome cayó. Se agachó y siguió pasando el bolígrafo entre los nudillos. Le gustaba construir personajes como si fuera el juego de niñas "Vistiendo a Mariana". Imaginó un tronco, una cabeza no muy bien definida y le cambió el estilo de ropa hasta que encontró uno adecuado. Era una mujer, viuda, vestida de negro.

Una voz de dolor

Ya podía ver un grupo de gente en silencio avanzando lentamente hacia el coche fúnebre. Podía ver los autos negros, la gente que iba subiéndose a cada uno de ellos. El primer auto encendió el motor y se marchó. Sonrió, ya tenía la materia prima del cuento.

Escribió el punto en la última oración. Firmó el bosquejo y puso la fecha (le interesaba saberla para ver cómo avanzaba

en sus escritos y cuánto tardaba en escribir una idea). Por la tarde seguiría y, si no tenía tiempo, tal vez al día siguiente.

*Guillermo Martín Ayala
24 de marzo*

Dejó el papel sobre una pila de libros, fue hacia la cocinita con la taza de café y lo calentó en el microondas. Sonaron unos bips y listo. Lo bebió de regreso a la sala. En el camino tropezó —sólo pensaba en el cuento— y la loza quedó hecha añicos a sus pies. "Otra idea más", pensó. Corrió al bosquejo del cuento y anotó debajo de la firma:

Algo se quebró dentro de él y todo acabó con la caída.

La viuda era un personaje perfecto, lleno de dolor, rico en facetas y en contradicciones que despertarían compasión. Podía sentir bajo la piel ese dolor, esa sensación de caída indefinida que se padece cuando alguien que amamos muere. La caída era la imagen perfecta para el dolor. Escuchó otro grito y se asomó nuevamente al balcón. Nunca vería nada desde allí. Afuera la atmósfera era agradable: la brisa le desarreglaba los cabellos, el sol le entibiaba las manos. Se apoyó en la baranda de hierro y cerró los ojos. Satisfecho con la trama de su cuento, ya tenía razones para dejar de pensar que era un mal escritor. Sus músculos se relajaron y la brisa se hizo más fuerte. Demasiado fuerte. La ventana se cerró de un golpe. Guillermo se sobresaltó. El susto y los reflejos lo empujaron hacia atrás. La caída fue breve pero efectiva.

Cuando encontraron la nota sobre la pila de libros creyeron que se trataba de otro de esos estúpidos escritores sin talento que hacen lo imposible por pasar a la posteridad y, sin dudar, cerraron el caso.

